

y al asunto que les ocupaba. Al general Dode, espíritu firme aunque modesto, dejó la iniciativa del partido que debía adoptarse. Éste conocía el curso del Berezina, que por ambas márgenes tiene una zona de pantanos de muchos miles de toesas de anchura, y sostuvo ante el emperador que era forzoso renunciar al paso por Borisow mismo, á causa de que los rusos quemarían el puente de esta ciudad, si no podían defenderlo, y también por más abajo de Borisow, á causa de que, á medida que se descendía por junto al Berezina, se hallaba el país más cubierto de maleza y más cenagoso. No sólo encontrarán cortados los puentes sobre las aguas corrientes, sino también los echados sobre los pantanos, mucho más largos y de paso más penoso. Por el contrario, remontando el Berezina hacia el punto de su confluencia con el Oula, en las cercanías de Lepel, se hallarían parajes por donde corre sobre arenas, dentro de un lecho poco hondo, y se pasaría con el agua á la cintura. Afirmaba el general Dode que nunca el décimo cuerpo, al cual estaba agregado, se había visto embarazado en sus numerosos movimientos. De consiguiente propuso al emperador apoyar hacia la derecha, atraer á Víctor y á Oudinot al remontar el Berezina, atropellar á Wittgenstein y á sus tropas, y volver á entrar en Wilna por el camino de Gloubokoe, después de terminado este rodeo.

A pesar de cuanto se le manifestaba, aún no había podido Napoleón apartar la mente del camino de Minks, el más hermoso, el mejor provisto, y por donde estaba seguro, no sólo de que se le incorporaran Víctor y Oudinot, que ya casi se le habían unido, sino también al príncipe de Schwartzberg, y á Reynier, con lo cual podría operar una concentración de fuerzas de noventa mil soldados armados. Dos objeciones hacía á la propuesta del general Dode: primera, la longitud del rodeo que le alejaba de Wilna, exponiéndole á que ahí los rusos le tomaran la delantera; segunda, el encuentro probable en la dirección ésta con Wittgenstein y Steinghel, á quienes Víctor y Oudinot no habían podido vencer por sí solos. El general Dode respondía que verosímilmente se evitaría el encuentro con aquellos dos jefes, y que á mayor abundamiento no tendrían hacia las fuentes del Berezina un terreno tan fácil de defender como á las márgenes del Oula, ni tampoco se atreverían á mantenerse firmes cuando vieran á Napoleón y á los mariscales Víctor y Oudinot reunidos. A todo esto, y mientras se discutía, Napoleón, que no necesitaba de que se le respondiese, porque de antemano se había hecho cargo de todas las respuestas que daba de sí el asunto, examinaba el mapa tendido ante sus ojos, sin casi escuchar las palabras del general Dode, seguía con el dedo el curso del Berezina, luego el del Dnieper, y hallando con la vista á Pultawa, exclamó de pronto: «¡Pultawa, Pultawa!» Después, dejando allí el mapa, y andando por la mezquina pieza donde se verificaba esta entrevista, se puso á repetir varias veces: «¡Pultawa, Pultawa!» sin mirar á su interlocutor y aun sin hacerle caso. Conmovido el general Dode por este espectáculo extraordinario, guardaba silencio, contemplaba con cierta mezcla de dolor y sorpresa al nuevo Carlos XII, cien veces más grande que el antiguo, pero también cien veces más desgraciado, y reconociendo á la sazón su verdadero destino. A este punto de la entrevista llega-

ron Murat, el príncipe Eugenio, Berthier y el general Jomini, que, siendo gobernador de la provincia durante la campaña, había hecho como el general Dode un estudio reflexivo de los lugares, y era muy capaz de dar un consejo. Por modestia creyó el general Dode que debía retirarse, y salió de allí sin que lo echara de ver Napoleón, siempre distraído. Fijándose éste en el general Jomini, le dijo: «Cuando nunca se han experimentado reveses, se deben experimentar grandes como lo ha sido la fortuna.» Después quiso oír la opinión de este jefe, el cual pensaba lo mismo que el general Dode en punto á la imposibilidad de pasar por más abajo de Borisow el Berezina, pero creía muy largo y fatigoso para un ejército ya extenuado el remontarse para irlo á cruzar hacia sus fuentes. Según los informes del país, entendía que era posible pasarlo en derechura, algo más arriba de Borisow, y tomar desde allí el camino de Smorgoni, el más corto para ir á Wilna y el menos devastado por los ejércitos beligerantes. Pronto acreditó el suceso que este dictamen era muy sano. Sin combatirlo Napoleón, pues apenas prestaba oídos, de súbito pareció trasladarse mentalmente á la época de sus más brillantes operaciones, y quejándose de todo el mundo, andando y hablando con una animación extraordinaria, se puso á decir que, si no estuvieran abatidos todos los corazones (y al pronunciar estas palabras parecía como si se fijara en sus principales lugartenientes, presentes en torno suyo), se podría ejecutar una excelente maniobra, cual era la de remontarse hacia el alto Berezina, según el general Dode lo aconsejaba, y en vez de aspirar sólo al paso del río, lanzarse sobre Wittgenstein, acosarle y hacerle prisionero. Añadía que, si al volver á entrar en Polonia, después de grandes desdichas, llevaba consigo prisionero á pesar de todo un ejército ruso, la Europa reconocería á Napoleón, el grande ejército y la fortuna del imperio. Exaltándose su imaginación á medida que se expresaba de este modo, embellecía con mil pormenores, que la hacían verosímil, esta hipótesis con la que se consolaba de su actual penuria.

Limitóse el general Jomini á responderle que este excelente movimiento sería ejecutable sin duda, pero en Italia, en Alemania, en países donde se hallara de qué vivir por dondequiera, con un ejército sano y vigoroso, no extenuado completamente por largas privaciones. Aún hubiera podido añadir, si fuera oportuno el instante, que á menudo el que halla enervados los caracteres es la causa única de este enervamiento, y se parece al imprudente jinete que mata de fatiga al caballo destinado á llevarle.

Napoleón no hizo más caso de las observaciones expuestas que de los brillantes ensueños á que acababa de abandonarse, y que no eran más que los preliminares por donde su poderoso espíritu iba á llegar á su determinación verdadera. Efectivamente, su partido estaba adoptado con aquel tacto, con aquel discernimiento que eran infalibles, cuando no le extraviaban tristes arrebatos, y á la verdad el peligro era harto grande para preservarse de errores. Después de oír al general Dode, le parecía imposible pasar hacia la izquierda, por más abajo de Borisow. De la opinión del general Jomini participaba en lo de que, pasar hacia la derecha y por más arriba, era muy largo y le exponía á que en Wilna se le ganara

por la mano. Penetrar por delante y en derechura para ir á Wilna por el camino más corto, y anticiparse á todos los que le amenazaban por el flanco y por la espalda, era el mejor, el más juicioso de todos los planes, bien que el más modesto. Pero la dificultad era enorme, pues se necesitaba arrebatar el puente de Borisow á los rusos, ó echar otro en las inmediaciones, á pesar de todos los

rador para figurar como general. ¿Volvería á hallar con sus cualidades su antigua fortuna? Esto no era seguro, pero sí posible.

Con efecto, parece que en este momento, cansada la fortuna de tantos rigores, le deparaba un milagro para salvarle de las humillaciones postreras. Se ha visto que el mariscal Saint-Cyr, después de la evacuación de Po-



Wittgenstein

enemigos que nos estrechaban de cerca: dos empresas de realización poco probable, á no lograr un golpe de fortuna como los que Napoleón había logrado en sus mejores días. No desesperó de alcanzarlo, y resolvió ir en derechura sobre el Berezina, empujar vivamente á Oudinot sobre Borisow, á fin de recuperar este punto, y si no lo conseguía, tratar de echar un puente en las inmediaciones.

Dirigió las instrucciones convenientes á Oudinot, que precisamente llegaba sobre nuestra derecha, y encaminóse personalmente á Bobr para vigilar por sí mismo la ejecución de sus voluntades. El interés de no ser cogido con todo su ejército le hizo recuperar toda la actividad de sus mejores días, y cesaba de aparecer como empe-

lolsk, había destacado del segundo cuerpo al general Wrede, para oponerle á Steinghel, y que el general bávaro, por su gusto ó por las circunstancias, se había dejado aislar del segundo cuerpo y confinar en las cercanías de Gloubokoe. Junto á sí había conservado la división de la caballería ligera del general Corbineau, división compuesta de los regimientos 1.º y 20 de cazadores y del 8.º de lanceros, que el segundo cuerpo echaba mucho de menos y reclamaba con instancia. Partido de Gloubokoe el 16 de noviembre para reunirse al segundo cuerpo, el general Corbineau había llegado sucesivamente á Dolghinow, á Pletchenitzi, á Zembín, muy cerca de Borisow, y había caído en medio de las partidas enemigas lanzadas por el almirante Tchitchakoff hacia

adelante, para trasladarse con Wittgenstein sobre el alto Berezina.

Entre el número de estas partidas se contaba un cuerpo de tres mil cosacos, á las órdenes del ayudante de campo Chernizeff, que el emperador Alejandro acababa de enviar alternativamente á Kutusoff, á Tchitchakoff, á Wittgenstein, para comunicarles el famoso plan de operar sobre las espaldas de Napoleón, y para atraerles á caminar de acuerdo. Habiéndose apartado el ayudante Chernizeff de Tchitchakoff, que se hallaba sobre la derecha del Berezina, remontaba este río y buscaba un paso para ir en busca de Wittgenstein á la orilla izquierda, y concentrar las fuerzas todas contra Napoleón, que se encontraba á la misma parte. Al paso tuvo la buena fortuna de librar al general Wintzingerode, y por una casualidad, no menos feliz para él, tropezó de pronto con el general Corbineau. Éste, que bajo las apariencias más sencillas juntaba á una sagacidad suma un valor á toda prueba, no se aturdió á pesar de no tener más que setecientos caballos, desembarazóse á sablazos de sus acometedores, é hizo punta hasta muy cerca de Borisow, donde ya habían entrado los rusos. Hallándolos ahora delante, y habiéndolos dejado la víspera á la espalda, no le ocurrió más que una manera de salir del aprieto, la de cruzar el Berezina, para incorporarse al grande ejército, donde hallaría refugio seguro. No sospechaba que, anhelando salvarse, le salvaría, y que tan debilitado se hallaba de jinetes, que los setecientos puestos bajo su mando le serían de grande ayuda. A lo largo de la orilla derecha del Berezina y más arriba de Borisow fué á buscar un vado practicable, cuando descubrió á un paisano polaco, que acababa de cruzarlo. Por indicación suya vino en conocimiento de que frente por frente de la aldea de Studianka, tres leguas más arriba de Borisow, había un punto por donde podían pasar los caballos con el agua hasta los ijares. Negruzco y fangoso el Berezina arrastraba enormes témpanos muy peligrosos. No obstante, formó en columna cerrada el general su caballería, metióse en el agua y pasó el río, sin perder más que unos veinte hombres, arrastrados por los témpanos. Contento de haber superado este obstáculo, ganó al galope á Lochnitza, y finalmente á Bobr, donde halló al mariscal Oudinot cortando el camino de Esmolensko á este punto para trasladarse á Borisow. A su mariscal dió cuenta el general Corbineau de lo que le había sucedido, y seguidamente unióse al segundo cuerpo á que pertenecía. Casi al mismo tiempo se lanzaba el mariscal Oudinot sobre Borisow de improviso, cogía de sorpresa y envolvía la vanguardia del conde de Pahlen, hacía quinientos ó seiscientos prisioneros, mataba ó hería á igual número de hombres, se apoderaba de muchos centenares de carros de bagajes, tomaba la ciudad, y después caía sobre el puente, quemado por los rusos, que, desesperados de defenderlo, se dieron presurosamente á la fuga. Se hallaba, pues, Borisow en manos del segundo cuerpo, sin que nuestra situación mejorara, como que estaba quemado el puente sobre el Berezina; pero el descubrimiento inesperado del general Corbineau hacía lucir un rayo de esperanza, y así el mariscal Oudinot despachó al general á Bobr, en donde el emperador se encontraba.

Napoleón conocía y estimaba á los hermanos Corbi-

neau, el mayor de los cuales había muerto en Eylau á su lado. A éste le acogió como á un enviado del cielo, le preguntó á la larga, le hizo describir minuciosamente los lugares, explicar la posibilidad de pasar el río por Studianka sobre simples puentes de caballetes, y resolvió sin demora hacer la prueba. Al punto volvió á enviar el general Corbineau cerca de Oudinot, con orden de empezar de seguida y muy secretamente los preparativos del paso por Studianka, más arriba de Borisow, bien que haciendo por más abajo de esta ciudad muy aparentes demostraciones, de manera de engañar á Tchitchakoff y de distraer su atención del verdadero punto por donde se intentaba efectuar el paso. Con efecto, no bastaba haber hallado milagrosamente un paraje por donde la poca hondura del Berezina permitía que se pasara, era forzoso que el trabajo á que se iba á poner mano permaneciera oculto á los ojos del enemigo el tiempo suficiente para que hubiese medio de trasladar á la otra orilla fuerzas capaces de contener á los rusos acaudillados por aquel jefe y de impedirles que se opusieran al paso. Hasta se previno por Napoleón á Oudinot que esparciera en el ejército la voz de que por más abajo de Borisow se debía pasar el río, á fin de atraer hacia allí á la muchedumbre de rezagados y de hacer completa á los ojos del enemigo la ilusión única que podía salvarnos.

Despidiéndose el general Corbineau de Napoleón el 23 de noviembre ya muy tarde, encaminóse muy deprisa á unirse á Oudinot, y ateniéndose éste á las órdenes que acababan de llegarle, desde el 24 por la mañana empezó las demostraciones prescritas más abajo de Borisow; luego, aprovechándose de la noche y de los bosques extendidos á la margen del Berezina, envió secretamente al general Corbineau con todos sus pontoneros á comenzar los trabajos del paso por Studianka. Grande y ardua era la tarea, pues había que encontrar maderas preparadas ó prepararlas, acomodarlas, fijarlas en el agua, y todo á la vista de las avanzadas de Tchitchakoff, que, después de la pérdida de Borisow, se había quedado á la otra orilla, y tenía vigías hasta frente por frente de Studianka. De consiguiente había cien probabilidades contrarias y una ó dos favorables.

Durante este tiempo trasladóse Napoleón el 24 á Lochnitza, sobre el camino de Borisow, proponiéndose llegar el día 25 con la guardia á este punto, para confirmar á los rusos en la idea de que se quería pasar por más abajo de esta ciudad, habiéndose resuelto por el contrario pasar hacia más arriba, esto es, por Studianka, y dirigirse allí secretamente por un camino de travesía. Al mariscal Davout, que después de la batalla de Krasnoe formaba de nuevo la retaguardia, expidió la orden de acelerar la marcha, á fin de realizar cuanto antes el paso del Berezina, si se lograban los medios de cruzarlo; mas lo primero de todo envió al general Eblé con los pontoneros y su material á Studianka en derechura, para ejecutar la construcción de los puentes, que sólo habían podido empezar los pontoneros del segundo cuerpo.

Llegada era la hora en que el respetable general Eblé iba á coronar con un servicio inmortal su carrera. Del material que Napoleón hizo destruir en Orscha salvó seis cajones llenos de herramientas, de clavos, de ganchos, y finalmente de todo el herraje necesario para la construcción de puentes de caballetes, y dos fraguas de

campana. Teniendo buenos tiros, estos diversos carros podían caminar de prisa. En su previsión profunda se había reservado el general Eblé dos carros de carbón para forjar sobre el terreno las piezas de que necesitara. Cuatrocientos pontoneros probados le quedaban de su cuerpo, y sobre ellos había conservado un imperio absoluto. Eblé y Larrey eran los dos hombres de bien, á quienes todo el ejército seguía respetando y oyendo, aunque le pidieran cosas casi imposibles.

Partió, pues, el general Eblé el 24 de noviembre por la noche de Lochnitza para Borisow con sus cuatrocientos hombres, seguido del hábil general Chasseloup, que aún tenía zapadores, bien que sin ningún resto de material, y que era digno de asociarse al ilustre jefe de nuestros pontoneros. Toda la noche caminaron, y llegaron el 25 á Borisow á la cinco de la mañana. Allí dejaron una compañía para hacer los engañosos aprestos del paso por más abajo de esta ciudad, y metieronse de seguida por entre los pantanos y los bosques, para remontar por un movimiento hacia la derecha la margen del río hasta Studianka. No se llegó á este punto sino la tarde del 25. Impaciente Napoleón quisiera que los puentes se echaran aquella misma noche, cosa imposible, aunque, trabajando toda ella, podían estar el 26, y de esto se trataba, á pesar de haber caminado las dos noches y los dos días anteriores. El general Eblé habló á sus agentes, les dió que la suerte del ejército estaba en sus manos, les comunicó sus nobles sentimientos, y obtuvo la promesa de la adhesión más absoluta. Menester era, con un frío que de nuevo había arreciado, que trabajaran dentro del agua toda la noche y todo el otro día, en medio de enormes témpanos, quizá bajo las balas del enemigo, sin una hora de descanso, ni tiempo apenas para tragar, en vez de pan, carne y aguadiente, un poco de caldo sin sal. A este precio se podía salvar el ejército. Se lo prometieron los pontoneros á su general, y vase á ver cómo se desempeñaron de su palabra.

Ya los pontoneros enviados por el mariscal Oudinot habían preparado algunos caballetes, pero no tenían la misma experiencia que los del general Eblé, y fué preciso volver á empezar el trabajo. Para que le ayudaran tenía el general Eblé oficiales dignos de asociarse á su obra, especialmente su jefe de estado mayor Chapelle y el coronel de artillería Chapuis. No teniendo tiempo de derribar árboles ni de prepararlos, se recurrió á la infeliz aldea de Studianka, se demolieron las casas y se tomaron las maderas adecuadas á la construcción de puentes, se forjaron los hierros necesarios para su trabazón, y con los unos y las otras construyóse una serie de caballetes. Al asomar la aurora del 26 ya se estaba á punto de sumergir estos caballetes en el agua del Berezina.

Después de trasladarse Napoleón de Lochnitza á Borisow y de pernoctar en la hacienda de Staroi-Borisow, corrió al galope hacia Studianka el 26 por la mañana para asistir al establecimiento de los puentes. Llegado con sus lugartenientes Murat, Berthier, Eugenio, Caulaincourt, Ducroc, todos los cuales tenían retratada la más profunda ansiedad en su rostro, pues se trataba á la sazón de saber si el señor del mundo sería prisionero de los rusos al día siguiente, miraba trabajar, y no se atrevía á apretar á los hombres, que á la voz de su respetable general desplegaban toda su fuerza é inteligen-

cia. No bastaba con sumergir osadamente y fijar en aquella agua glacial los caballetes, sino que era necesario dar cima á tan difícil obra á pesar del enemigo, cuyas avanzadas se veían en la orilla opuesta. ¿Acaso estaba sólo con los cosacos ó con todo un cuerpo de tropas? ¿Habría sólo que ahuyentar á algunos corredores ó que pelear con un ejército entero en el momento del paso? Tal era la cuestión que importaba aclarar. El mariscal Oudinot tenía un ayudante de campo tan hábil como inteligente, y dotado además de raro denuedo. Este ayudante, que era el jefe de escuadrón Jacqueminot, seguido de algunos jinetes y llevando cada cual un cazador á la grupa, metióse á caballo en el Berezina. Ora vadeándolo, ora cruzándolo á nado, llegó á la otra orilla erizada de témpanos, que dificultaban aproximarse. Superadas estas dificultades, cayó sobre un bosquecillo ocupado por algunos cosacos, y lo señoreó de seguida. Sólo se descubría muy corto número de enemigos, y el jefe de escuadrón Jacqueminot volvió á participar á Napoleón esta buena nueva. Sin embargo, se necesitara de un prisionero para informarse más exactamente de lo que había que temer ó que esperar. Otra vez pasó el valiente Jacqueminot el Berezina, llevándose algunos jinetes arrestados, y con ellos se arrojó sobre un puesto ruso, donde los que lo guardaban se estaban calentando alrededor de una gran hoguera, y apoderándose del sargento, le trajo al bosquecillo donde había establecido su pequeña tropa. Después le obligó á que montara á la grupa de su caballo, y pasando nuevamente el Berezina, le llevó á las plantas de Napoleón. Se interrogó al prisionero y se supo con una satisfacción fácil de comprender que Tchitchakoff estaba con el grueso del ejército delante de Borisow, ocupado del todo en el supuesto paso de los franceses por más abajo de esta ciudad, y que en Studianka sólo había un destacamento de tropas ligeras.

Forzoso era aprovecharse de estas propicias coyunturas; mas aún no estaban concluidos los puentes. Tomando á la grupa el bizarro Corbineau con su brigada de caballería á cierto número de cazadores, metióse en el Berezina, cruzólo al modo que ya había hecho, ora haciendo pie los jinetes, ora llevados á nado por sus caballos y á veces arrastrados también por el torrente. Cruzado el lecho del río superó las dificultades que obstruían la orilla opuesta erizada de témpanos, y fué á establecerse con bastante fuerza al bosquecillo que debía servirnos de apoyo. A la falta de artillería por aquella parte suplió Napoleón colocando en la orilla izquierda unas cuarenta bocas de fuego, que debían disparar sobre la otra por encima de la cabeza de nuestros hombres á riesgo de darlos; pero en situación tan crítica no había que tomar en cuenta los inconvenientes. Terminada esta operación primera, se podía abrigar la esperanza de señorear la orilla derecha hasta que, terminados los puentes, se trasladaran allí todas las tropas. Al parecer la estrella de Napoleón relucía, y sus oficiales, agrupados en torno suyo, le saludaron con una expresión de gozo, que no experimentaban ya hacía largo tiempo.

Ahora todo dependía del establecimiento de los puentes. Dos se proyectaba echar á cien toesas de distancia, uno á la izquierda para los carros, otro á la derecha para los peones y los jinetes. Cien pontoneros se

habían metido en el agua, y ayudándose de pequeñas balsas construídas para este uso, empezaron á fijar los caballetes. Se helaba el agua y formábanse témpanos de hielo en derredor de sus espaldas, de sus brazos y de sus piernas, que, adhiriéndose á las carnes, causaban muy vivos dolores. Los padecían sin quejarse, y hasta sin parecer afectados; tanto era su ardimiento. Por aquel paraje no tenía el río más de cincuenta toesas de anchura, y con veintitrés caballetes en cada puente se abarcaba de orilla á orilla. A fin de transportar tropas al otro lado cuanto antes, se concentraron los esfuerzos en el puente de la derecha, el destinado á los peones y á los jinetes, y á la una de la tarde se encontraba ya practicable. Napoleón había llevado el cuerpo de Oudinot á Studianka, reemplazándole en Borisow con las tropas que venían detrás. Al punto hizo pasar á la orilla derecha á las divisiones de Legrand y de Maisón, á los coraceros de Doumerc, que componían el segundo cuerpo, agregando las reliquias de la división de Dombrowski, todo lo cual ascendía á cerca de nueve mil hombres. Muy cautamente se hicieron rodar dos bocas de fuego sobre el puente de los peones, y armado Oudinot con estos medios, arrojóse de pronto hacia la izquierda encima de algunas tropas de infantería ligera, que el general Tchaplitz, jefe de la vanguardia de Tchitchakoff, tenía por aquel punto. Vivo fué el combate, pero corto. Se mataron unos doscientos hombres al enemigo y se pudo ocupar una buena posición para proteger el paso. Empleando bien lo que aún quedaba del día 26 y toda la noche, había tiempo de que pasaran tropas bastantes para hacer cara al almirante Tchitchakoff. Verdad es que por lo menos se necesitaban dos días para que todo el ejército llegado á Studianka pasara los dos puentes, y en estos días podía Tchitchakoff concentrarse en el punto del paso, con el fin de impedirnos desembocar sobre la orilla derecha. Por su parte Wittgenstein, que se hallaba á la orilla izquierda como nosotros, podía arrollar á Víctor y caer sobre nuestro flanco derecho, mientras Kutusoff llegara á acometernos por la espalda. En este caso la confusión debía ser espantosa, y era de recelar que la tentativa del paso se convirtiera en un desastre. Sin embargo, la mitad de nuestros peligros estaba superada por la fortuna, y cabía esperar que la otra mitad se superara de igual modo.

Terminado estaba el segundo puente á las cuatro de la tarde, y Napoleón se empleó personalmente en hacer que desfilaran á la orilla derecha cuantos iban llegando. Por su parte no quería abandonar la orilla izquierda sino de los postreros. Sin tomar el general Eblé ni un solo instante de reposo, hizo que la mitad de sus pontoneros se acostaran sobre paja, á fin de que se pudieran relevar unos á otros en la penosa tarea de guardar los puentes, de mantener el orden sobre ellos, y de repasarlos, si sobrevenían accidentes. En este día se hizo pasar la guardia de á pie y lo que aún quedaba de la de á caballo. Después se empezó el desfile de los carros de la artillería. Por desgracia el puente de la izquierda, destinado á los carruajes, retemblaba bajo el peso enorme de los que se sucedían sin intermisión alguna. Con la prisa no hubo tiempo de labrar á escuadra la madera que formaba el tablero del puente; se juntaron simplemente los palos redondos ó troncos, que presentaban una superficie desigual, y, para suavizar los resaltos á

los carruajes, se rellenaron los huecos con musgo, con cáñamo, bálago y cuanto se pudo recoger en la aldea de Studianka; pero los caballos arrancaban con sus pies aquella especie de cama, y viniendo á ser demasiado ásperos los resaltos, cedieron los caballetes fijados en los puntos menos sólidos del fondo; de consiguiente formó el puente ondulaciones, y á las ocho de la noche se hundieron tres caballetes, con los carros que sustentaban, en el lecho del Berezina.

Preciso fué que de nuevo pusieran nuestros pontoneros manos á la obra, y se volvieran á meter en el agua tan fría que el hielo roto se tornaba á cuajar al instante. Había que romperlo á hachazos, y meterse en el agua para fijar otros caballetes á seis ó siete pies de hondura, y á veces de ocho en los parajes donde había cedido el puente. Sólo era de cuatro ó cinco pies la hondura por otros lados. Ya el puente volvió á estar practicable á las once de la noche.

El general Eblé, que tuvo cuidado de mantener despiertos á la mitad de sus pontoneros mientras dormían los otros, velando él de continuo, hizo construir caballetes de remuda para estar á todos los accidentes. Muy luego acreditó la cordura de esta precaución el suceso. A las dos de la madrugada volvieron á ceder tres caballetes en el puente de la izquierda, el de los carruajes, y por desgracia en el centro de la corriente, allí donde el río tenía de siete á ocho pies de hondura. Necesario era trabajar de nuevo, y ejecutar esta vez la difícil obra en medio de las tinieblas. Ya no podían más los pontoneros, tiritando de frío y moribundos de hambre. El venerable general Eblé, que no tenía ni la juventud ni la ventaja de haber tomado algún descanso, sufría más que ellos, pero tenía la superioridad de su alma, y comunicósele con sus palabras. Apeló á su adhesión, les puso de manifiesto el desastre seguro del ejército si no llegaban á restablecer el puente y su voz fué oída. Con admirable celo pusieron manos á la obra. El general Lauristón, enviado por el emperador para averiguar la causa de este nuevo accidente, estrechaba la mano de Eblé con llanto en los ojos y le decía: «Por favor, daos prisa; estas dilaciones nos amenazan con los mayores peligros.» Sin impacientarse por estas instancias, el anciano Eblé, que por lo común tenía la aspereza de un alma fuerte y altiva, le contestaba con dulzura: «Ya veis lo que estamos haciendo...» y volvía, no á estimular á sus hombres, que no lo necesitaban, sino á alentarlos, á dirigirlos, y á veces á sumergir su ancianidad en aquella agua helada que apenas podía aguantar la juventud de ellos. A las seis de la mañana del 27 de noviembre quedó reparado este segundo accidente y pudo tornar á empezar el paso el material de la artillería.

No habiendo tenido que sufrir las mismas sacudidas el puente destinado á los peones y á los jinetes, ni un solo momento dejó de estar practicable, y aquella noche del 26 al 27 de noviembre se hubiera podido hacer pasar á toda la masa desarmada; pero el atractivo de algunas trojes, de un poco de paja, de algunos víveres hallados en Studianka, retuvo á gran parte á la orilla izquierda del río. Aunque el frío, que había arreciado, no fuera aún bastante á detener el agua corriente, ya todos los pantanos de las inmediaciones del río estaban helados, lo cual fué una fortuna, pues sin esta circunstancia no se pudiera cruzarlos. Se encendieron, pues,

sobre el hielo de los pantanos miles de hogueras, y por no ir á correr á otro punto la eventualidad de vivaques menos soportables, diez ó quince mil individuos se habían establecido á la orilla izquierda sin querer abandonarla, de modo que el descuido de los peones hizo inútil el puente de la derecha, al par que las dos rupturas ocurridas una tras otra hacían inútil el de la izquierda durante aquella noche del 26 al 27 de noviembre. ¡Tiempo precioso, cuya pérdida se debía sentir amargamente!

Con todo lo que pertenecía á su cuartel general cruzó Napoleón los puentes el 27 por la mañana y fué á alojarse á una pequeña aldea, la de Zawnicki sobre la orilla derecha, detrás del cuerpo del mariscal Oudinot. Todo el día se mantuvo á caballo para acelerar personalmente el paso de los diversos destacamentos del ejército. Este día pasaron los que todavía quedaban del cuarto cuerpo del príncipe Eugenio, del tercero del mariscal Ney, del quinto del príncipe Poniatowski, del octavo de los westfalianos. Apenas eran dos mil hombres de cada uno de los primeros, y quinientos ó seiscientos de los dos segundos, es decir, doscientos ó trescientos hombres armados por regimiento, persistiendo en mantenerse con sus oficiales alrededor de sus águilas, que conservaban preciosamente como el depósito de su honor. Progresos espantosos había hecho desde Krasnoe la desorganización por efecto de laxitud creciente, que era causa de que muchos soldados, aun de los de buena voluntad, se quedaran rezagados, y de que una vez así permanecieran maquinalmente entre el inmenso tropel de hombres que iban sin armas.

A la caída de la tarde llegó el primer cuerpo á las órdenes de su jefe, el mariscal Davout, que desde Krasnoe había vuelto á empezar á dirigir la retaguardia. Éste era el único que conservaba algo de continente militar. La inmortal división de Friant, ahora de Ricard, había perecido casi toda en Krasnoe, y sus restos seguían confusamente al primer cuerpo. Las otras cuatro divisiones presentaban tres ó cuatro mil hombres, pero armados, agrupados en rededor de sus banderas y llevando su artillería. Más triste el mariscal Davout que de costumbre, experimentaba una especie de sublevación interior al ver al ejército reducido á tal estado; de ser menos sumiso, diera suelta á su enojo. Los lisónjeros, que no habían perdido su costumbre de adular ni aun en situación tan horrorosa, pintaban á Napoleón la tristeza del mariscal como una debilidad, y exaltaban á porfía la excelente salud, el buen humor del mariscal Ney, cuya resistencia á todas las miserias era admirable sin duda. Para adular bien á Napoleón entonces, era menester no tener frío, ni hambre, ni sueño, ni rastro alguno de enfermedad. Por desgracia no todas las saludes se prestaban á este género de lisonja.

Después de retrogradar lentamente delante de Wittgenstein el cuerpo del mariscal Víctor, que era el nono, disputándole tenazmente el terreno palmo á palmo, acababa de replegarse cubriendo al grande ejército. Se había situado entre Borisow y Studianka, de manera propicia á proteger estas dos posiciones. Ya se había previsto que sería poco perturbado el paso durante los dos primeros días, el 26 y el 27, porque ignorando Tchitchakoff á la orilla derecha el verdadero punto del

paso, aspiraba á estorbárnoslo más abajo de Borisow, y no habiendo tenido aún tiempo de juntarse á la orilla izquierda Wittgenstein y Kutusoff no nos estrechaban muy de cerca. Probablemente no sería tan tranquilo el paso el día 28, en que mejor informado Tchitchakoff nos atacaría violentamente sobre la orilla adonde habíamos empezado á descender, y en que llegados al fin Kutusoff y Wittgenstein sobre nuestro flanco y nuestra espalda, nos atacarían no menos violentamente en la orilla que acabábamos de abandonar. Con razón esperaba Napoleón que el día decisivo sería el 28, en que Tchitchakoff aspiraría á arrojar al Berezina la cabeza de nuestra columna, mientras Wittgenstein y Kutusoff se esforzarían por arrojar allí la cola. No repitiendo aquí la falta cometida en Krasnoe de una retirada decisiva, estaba resuelto á que se salvaran ó perecieran todos juntos, y de consiguiente destinó á Oudinot, que había pasado el primero, á Ney y á la guardia, que habían pasado después de Oudinot, á contener á Tchitchakoff, y á Víctor á sustentar el fin del paso con el cuerpo nono. Poniendo siempre extremado esmero en engañar á Tchitchakoff, previno al mariscal Víctor que dejara en Borisow á la división francesa de Partouneaux, y ya reducida por las marchas y los combates de doce á cuatro mil hombres. Con la división polaca de Girard y la alemana de Daendels, no sumando las dos más que nueve mil hombres y setecientos ú ochocientos caballos, debía el mariscal Víctor cubrir á Studianka. Éstos eran los que sobrevivían de los veinticuatro mil hombres con que este mariscal había salido de Esmolensko para irse á juntar con Oudinot sobre el Oula. En un mes de marcha y en algunos combates habían desaparecido de diez á once mil hombres. Por lo demás su porte era excelente, y al ver llegar el grande ejército, á quien envidiaban hacia poco, llenos de lástima preguntaban á aquellos soldados abrumados, que á fuerza de miseria habían perdido casi el orgullo, qué calamidades les habían cargado encima. «Pronto os veréis como nosotros,» respondían tristemente los vencedores de Esmolensko y del Moskowa á la curiosidad de sus jóvenes camaradas.

Napoleón había completado sus disposiciones para el temido día 28, ordenando á Davout que, tan luego como pasara, se adelantase sobre el camino de Zembín, que era el de Wilna, á fin de que no tomaran la delantera los cosacos en muchos desfiladeros de este camino, con bosques y pantanos á un lado y otro.

Así se empleó el día 27 en cruzar el Berezina y en preparar una resistencia desesperada. Un tercer accidente sobrevino á las dos de la tarde, siempre en el puente de la izquierda. Pronto quedó reparado; pero llegando los carros en gran número detrás de los cuerpos, se agolpaban á este puente, y era por extremo difícil obligarles á no desfilarse más que de uno á uno. Trabajo infinito costaba á los gendarmes de preferencia y á los pontoneros mantener el orden, y sólo de la fuerza en su más brutal manifestación hacían caso aquellos ánimos despavoridos.

Razón había para que se dieran prisa, y aún no se daban la bastante, sobre todo en el puente de los peones, pues se acercaba la hora de la crisis suprema. Vuelto en sí acudía al cabo el enemigo, engañado ó retrasado hasta entonces. No habiendo sabido estorbar-